

**I CONCURSO JUVENIL DE RELATOS CORTOS
"GRUPO ITEVELESA"**

LA SOMBRA DEL MIEDO

Adrián era un niño que tenía miedo por muchas cosas. Recordaba la primera vez que lo había sentido, cuando su madre se había ido a comprar y durante unas horas estuvo llamándola desconsoladamente sin que apareciera. Cansado de tanto llorar, sin fuerzas, un resbalón le hizo caer al suelo, golpeándose y haciéndose un pequeño chichón. A partir de entonces sintió que algo nacía en su vida, era la sombra del miedo.

Cada vez tenía más miedo por todo. El miedo era como un virus, algo contagioso que aparecía cada vez más y más hasta que un día Adrián decidió pedir ayuda a su padre. El pensaba que los mayores no tenían miedo a nada, y quería saber cómo lo había conseguido, así que se lo preguntó.

—Cuando era pequeño, tenía muchos miedos también, pero el abuelo me solía contar un cuento para superarlo. Se llamaba El Espíritu de Páramo. ¿Quieres que te lo cuente?

Adrián sentía que escuchar una historia de espíritus tal vez no fuese a ayudarle mucho, pero asintió finalmente.

— *“En la aldea de Páramo, a la hora de comer, todos cerraban los ojos. Los más mayores hablaban de una época en la que esto no era necesario, pero a día de hoy, seguía siéndolo.*

Kevin había hablado un par de veces con sus amigos de dicha costumbre. La mayoría intentaban esquivar el tema ya que sus padres les habían advertido del riesgo que corrían, pero Cristine era igual de curiosa que él. Ninguno de los dos se había atrevido a abrirlos, los dos esperaban siempre a que todos hubieran terminados sus platos para hacerlo.

Un día en el patio estaban hablando de lo lento que comía el hermano de Cristine. Ella le decía que alguna vez había estado a punto de mirar de reojo para ver si ya había terminado, pero que nunca lo había hecho. Le daba miedo encontrarse con el espíritu de Páramo y desaparecer. como les ocurría a todos

Pasadas las semanas Kevin y Cristine iban perdiéndole el miedo a tratar el tema. Haría ya varios meses que nadie desaparecía y se pasaban todos los recreos hablando del espíritu de Páramo, de los motivos que tendría para llevarse a la gente y de su apariencia.

—¡Estoy segura de que el espíritu es de color azul! - Le decía siempre Cristine. Kevin sabía que era de color blanco, aunque era difícil estar seguro de algo que nunca había visto. Un día se pusieron de acuerdo, y para decidir quién llevaba razón, ambos abrirían ligeramente un ojo a la hora de la comida. Estaban decididos y nerviosos. La posibilidad de desaparecer apenas se les pasaba por la cabeza, pero en el momento de la verdad, el miedo hizo que uno de los dos niños rompiera su promesa.

Desde la desaparición de Cristine, Kevin se sentía culpable. Todo el mundo se preguntaba por qué motivo habría querido abrir los ojos. ¡El espíritu es de color azul! Le repetía su compañera en sueños. Habían pasado tanto tiempo juntos en el recreo hablando del tema prohibido que se había convertido en su única amiga y se sentía solo.

Kevin sabía que tenía que cumplir su promesa. Tardó una semana en reunir el coraje suficiente. Tras venir del colegio se sentó en la mesa alargada del comedor como de costumbre. Estaba menos nervioso que aquel día y comenzó a imaginarse al espíritu de Páramo. Cerró los ojos. Sentía al espíritu justo delante de él. Tomó la primera cucharada. Desde hacía un tiempo ya no pensaba que fuese de color blanco. Tomó la segunda cucharada. Y abrió los ojos.

Cristine le miraba desde el otro lado de la mesa con un vestido azul. Estaba quieta, sin decir nada y el vestido era tan brillante que los destellos le impedían ver bien. Finalmente habló. ¡Has tardado mucho en llegar Kevin! Aquí,

en este sitio, podemos comer con los ojos abiertos ¿sabes? En este sitio no existe el miedo.”

Adrián miraba estupefacto a su padre, intentando asimilar qué significaba esa frase de Cristine. Estaba dándose cuenta además de que al final su padre no le había dicho de qué color era el espíritu, cuando de repente este interrumpió su pensamiento.

—¿Te ha gustado el cuento? ¿crees que has entendido lo que quiere transmitir?

Adrián se quedó unos segundos pensando y le preguntó.

—¿La moraleja es que tenemos que afrontar el miedo?

—¡Es justo lo que quiere decirnos! —respondió sorprendido su padre. — Si intentas esquivar el miedo, este volverá como un bumerang.

—Pero, ¿y si el miedo es tan grande que puede conmigo?

—El miedo es tan grande como te lo quieras imaginar. Piensa en un vaso lleno con miedo. A medida que aprendas cosas nuevas el conocimiento llenará este vaso e irá sustituyendo al miedo.

—¿Y si tienes muchos vasos de miedo?

El padre sonrió, pensando en todas las escapatorias que encontraba Adrián a sus respuestas.

—A ver, ahora mismo ¿a qué le tienes miedo?

— Pues... papá, hace unas semanas te vi cambiar una rueda y mamá te decía que tuvieras cuidado. Desde entonces tengo miedo a que se pinche una rueda y te pase algo mientras la cambias.

— ¡Pero no tienes por qué preocuparte de eso! Por ese motivo llevamos el coche a la I.T.V. Allí nos dicen si algo no está bien para arreglarlo y evitar accidentes.

—Entonces ¿no te pasará nada si llevas el coche a una I.T.V.?

—Allí te lo dejan a punto para que puedas conducir tranquilo – le decía el padre con un gesto de las manos - ¿A qué otra cosa le tienes miedo?

Adrián miraba de frente a su padre. Parecía pensativo pero sabía bien lo que quería contarle.

—El otro día vi cómo un coche pillaba a un vecino. Desde entonces tengo miedo a que un coche pueda pillarme... ¡O de que pillen a Canela! ella no entiende las señales y podría cruzar sin mirar.

—Bueno... esto podría arreglarse si se dieran más cursos de seguridad vial donde te enseñan a respetar al viandante o a respetar los límites de velocidad entre otras cosas. A lo mejor también deberíamos enseñar a nuestros perros a cruzar la calle ¿no crees? Teniendo ese conocimiento seguro que nunca se pillaría a nadie.

Adrián sonreía imaginándose a Canela en una escuela de seguridad vial perruna. Aún así, su padre no le veía aún del todo satisfecho.

—¿Qué piensas? ¿tienes miedo de algo más?

Adrián ya se sentía cómodo comunicándole todo lo que se le pasaba por la cabeza a su padre, así que no tardó en responder.

—Pues sí, el telediario dice que cada vez contaminamos más y por culpa de esto el nivel del mar va aumentando cada día y tengo miedo a que las playas desaparezcan inundadas por el mar y se llenen de medusas porque aumenta su temperatura y se mueran los peces.

—¡Pero bueno! – Adrián le miraba impaciente, esperando otra explicación tranquilizadora más. — El respeto al medio ambiente puede concienciar a la gente de que hay que evitar contaminar y proteger el mundo todo lo que podamos. Ahora en el colegio os están enseñando mucho de eso ¿verdad?

—A lo mejor menos de lo que deberían ¡tengo amigos que todavía matan bichos en el patio!

El padre reía por las respuestas de su hijo pero se daba cuenta de que en realidad eran miedos muy poco egoístas, miedos que podríamos y tal vez deberíamos tener todos.

—¿Tú tienes miedo de algo papá?

—Claro, a muchas cosas, pero intento estar tranquilo para que no me afecten y así poder aprender cosas nuevas.

—Quizás estamos hechos así y tengamos miedo para encontrar las explicaciones que necesitamos.

—¡Podría ser! — dijo el padre sorprendido. A veces Adrián parecía más mayor de lo que en realidad era.— Al final todos los miedos son lo mismo: falta de conocimiento.

—Entonces, ¿si estudio más tendré menos miedo? — preguntó Adrián con los ojos bien abiertos.

—Cuando llenamos el vaso del miedo con conocimiento, esta sombra tan pesada, la sombra del miedo, desaparece.

Adrián se quedó mirando al suelo fijamente durante varios segundos. Finalmente, levantó la cara y lanzó a su padre una mirada pícaro.

—Yo aún estoy llenando el vaso de conocimiento... Pero tú papá, ¿de qué color crees que es el Espíritu de Páramo?